Desconozco cómo comenzó la leyenda según la cual el Instituto Lawndale está embrujado. Yo jamás me lo creí. Ante todo, no creo en espíritus ni en lo sobrenatural. Y aunque así fuese, me parece que los visitantes de ese mundo espiritual encontrarían un lugar más estimulante para vagar por ahí, que los angostos pasillos y las aulas insulsas de mi instituto de barrio.

Pero ya se sabe cómo se propagan por ahí esas leyendas suburbanas. Pasan de clase en clase, año tras año. Y cuando están a punto de perder fuelle y desvanecerse por completo, alguien ve algo, o escucha un ruido misterioso -un gruñido o un grito o un arrastrar de cadenas- y el viejo mito vuelve a cobrar vida.

El Instituto Lawndale no tiene absolutamente nada de especial. Fue construido hace treinta años en un lugar llano junto al terreno pantanoso que linda con Overpeck Creeck. Admito que cuando el viento sopla entre los juncos del pantano, suena como si alguien estuviese succionando una gran bocanada de aire seco a través de una dentadura cerrada. Aunque así es como suenan los pantanos. Y por la noche, durante las tormentas de verano, yo mismo he visto destellos de luz formando imágenes aterradoras, imprecisas, inverosímiles, que bailan sobre las paredes de cemento de nuestro instituto. Aunque las tormentas eléctricas siempre son sobrecogedoras.

A propósito, tampoco yo tengo nada de particular. No soy un estudiante brillante. Excepto en Biología, que por algún motivo se me da bastante bien, mis notas son mediocres. Soy un buen atleta, aunque no excepcional. Creo que soy un chico simpático, aunque no dudo que podría aparecer uno más simpático sin necesidad de buscar demasiado. Me gustaría hacer algo poco corriente o especial con mi vida, aunque me parece que carezco de motivación y ambición. Probablemente podría ingresar en una universidad medio decente, pero ni siquiera me esforzaré, ya estoy más que harto de quedarme sentado en las clases. De modo que mis planes y perspectivas de futuro no parecen demasiado brillantes. Esta es la historia de un chico no muy especial, que comienza su último curso en un instituto no muy especial, que podría darse en cualquier otro lugar de América, pero sucede en un pequeño pueblo al norte de Nueva Jersey.

Hace cientos de años, los indios Leni-Lenape deambulaban por esta parte de Nueva Jersey. Una leyenda dice que nuestro colegio fue construido sobre el terreno de un viejo cementerio indio; y que, por eso, nuestros equipos de deporte se llaman Los Valientes de Lawndale. Las figuras fantasmales y los lamentos nocturnos son los espíritus de los indios muertos hace mucho tiempo, enfurecidos porque su lugar de descanso final ha sido violado para construir el Instituto de Lawndale, sin mencionar el campo de fútbol, el de fútbol americano y la pista de tenis de cemento, que está situada a orillas del arroyo.

Otra variante de la leyenda dice que, durante la Guerra de Independencia, se libró una batalla en este lugar entre el ejército de George Washington y los británicos. Los lamentos de los espíritus, que la gente afirma escuchar, serían los ecos de las muertes agonizantes de soldados americanos. Estos eran muchachos de nuestra edad que lucharon valientemente por la independencia. Nuestros equipos deportivos se llamarían Los Valientes en honor a su valiente sacrificio final.

Que el ejército de Washington pasó por Lawndale batiéndose en retirada frente al general Howe es un hecho histórico. En Broad Avenue hay indicadores que señalan la ruta que tomaron las tropas de Washington, y el señor Muldownwy, nuestro profesor de Historia, realizó un croquis de las principales campañas de 1776 sobre una pizarra. Pero, que yo sepa, nadie ha demostrado nunca que haya tenido lugar batalla alguna dentro de los límites de nuestro pueblo.

Así que me parece, que todo eso no son más que un montón de pamplinas. Todos los lugares que no tienen nada de especial hacen cualquier cosa para pretender que son especiales y únicos. Existe una leyenda acerca de una colina en Nueva Jersey a la que puedes llegar en coche, apagar el motor, poner el coche en punto muerto, y el coche subirá cuesta arriba desafiando la gravedad. Hay una leyenda sobre un río de Hackensack, que tiene tanta contaminación química, que puedes meter dentro un rollo de película y las fotografías se revelarán solas. Menudas tonterías. Yo no me creo ninguno de esos disparates.

Yo creo en lo que veo, oigo y siento día a día. Veo un instituto corriente, algo cochambroso, poblado por ochocientos estudiantes, ciento cincuenta de los cuales van en autobús. Estudiamos álgebra y Dickens, ligamos y nos peleamos, andamos por ahí e intentamos hacernos los machos; o nos escapamos y tratamos de escondernos, y por lo general nos las arreglamos como podemos entre los catorce y los dieciocho años.